El americanismo de Rafael Altamira y el nacionalismo español

Alfredo Rivero Rodríguez
IES Juan Sebastián Elcano, Cartagena

Querría realizar una precisión, antes de abordar propiamente el objeto de este artículo, que conviene tener presente al fijarnos en el carácter nacionalista de la obra de Rafael Altamira. Generalmente hablamos de *nacionalismo español* como si fuera un todo identificado con las posiciones más reaccionarias de la sociedad española en general y con el franquismo en particular. Sin embargo, los discursos del *nacionalismo español* son plurales y afectan, en mayor o menor medida, a todo el espectro ideológico que haya habido en España durante la época contemporánea. No obstante esta pluralidad discursiva, todos ellos comparten una profunda base historicista y por ello esencialista, desde la Constitución de 1812, que marca el inicio de la nacionalización española propiamente dicha, hasta la Constitución de 1978 de componentes claramente nacionalistas[1].

1. El nacionalismo español presenta una amplia variedad que afecta de manera transversal a las diferentes ideologías. Por otra parte, las consideraciones sobre el origen de la identidad nacional en España son muy numerosas. Se han ofrecido análisis desde todos los puntos de vista, desde las esencialistas de la Real Academia de la

1. Rafael Altamira y su tiempo

Altamira desarrolla su obra en el contexto de lo que Mosse llamó *el cambio de espíritu público europeo*[2]. La crisis del liberalismo decimonónico provocada por las consecuencias del proceso industrializador llevó a la aparición de un nuevo sujeto histórico: las masas. Esto transformó profundamente las bases de la sociedad liberal creada durante el siglo XIX en aspectos como la representación política[3], la organización social o, en el ámbito intelectual, el cuestionamiento del positivismo desde filosofías vitalistas, al cambiar el paradigma intelectual hacia el cientifismo naturalista, el darwinismo o la sociología spenceriana.

La influencia de la Institución libre de enseñanza y el regeneracionismo hacen que la obra de Rafael Altamira constituya una unidad completa ya que estuvo siempre orientada a la mejora de la sociedad mediante la educación[4]. Además, Altamira partió de la herencia de la historiografía liberal posterior a la revolución de 1868 que al unir positivismo y krausismo quiso establecer una fundamentación científica de la nación española, identificándola con Castilla, que fuese objetiva e inobjetable a partir del estudio de la lengua, tradiciones, costumbres e instituciones desde una metodología positivista pero con una acusada visión metafísica ya que todos los aspectos analizados eran vistos como manifestaciones del espíritu del pueblo, en línea con lo que había hecho el romanticismo alemán a partir de Herder y Fichte.

A partir de esta forma de concebir la nación, similar en cuanto a su historicis-

---

Historia a las tesis de J.P. Fusi en *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, las de Javier Tusell, *España una angustia nacional*, Madrid, Espasa-Calpe, Antonio Domínguez Ortiz, *España: Tres milenios de historia*, Madrid, Siglo XXI, 2000, José Álvarez Junco, «Identidad heredada y construcción heredada. Algunas propuestas sobre el caso español, del Antiguo Régimen a la Revolución liberal», *Historia y política*, 2 (1999), pp. 123-146. Es fundamental de Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*, Madrid, Taurus, 2001, Justo G. Beramendi, «La historiografía de los nacionalismos en España», en *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 135-154, Javier Varela, *La novela de España*, Madrid, Taurus, 1999, Juan Sisinio Pérez Garzón, «El debate nacional en España: Ataduras y ataderos del romanticismo medievalizante», en Gay Armenteros, Juan C. (ed.), «Italia - España. Viejos y nuevos problemas históricos». *Ayer*, 36 (1999), pp. 159-176. La Academia de la Historia ha editado como contribución al debate *Reflexiones sobre el ser de España*, 1999, *y España como nación*, 2000, Borja de Riquer, «Estado y Nacionalismos en la España Contemporánea», en AA.VV., *Fronteras y fronterizos en la historia*, Valladolid, Instituto Universitario de Historia de Simancas - Universidad de Valladolid, 1997, pp.147-176. Un buen recorrido por los dos últimos siglos en J.L. De la Granja, J. Beramendi y Pere Anguera, *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis, 2001. Una comparativa entre el proceso nacionalizador español y Europa en J. Álvarez Junco, «España: El debate sobre la nación» en N. Townson (ed.), *¿Es España diferente?*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 29-64. Sobre el nacionalismo español desde la transición vid. X.M. Núñez Seixas, *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco*, Madrid, Libros de la Catarata, 2010.

2. G.L. Mosse, *La cultura europea del siglo XX*, Madrid, Ariel, 1997, p. 9.
3. Francisco Villacorta Baños lo ha llamado «transformaciones en los procesos de mediación social», en «Fin de siglo: Crisis del liberalismo y nuevos procesos de mediación social», *Revista de Occidente*, 202-203 (1998), pp.131-148
4. Vid. Rafael Altamira, *Ideario Pedagógico*, Madrid, Ed. Reus, 1923.

mo a la conservadora, la crisis de 1898 desató un acusado proceso de introspección en el que se quisieron poner sobre la mesa los *males de la patria*, en expresión de Lucas Mallada. Tantos males se diagnosticaron que se creó lo que Santos Juliá ha llamado el relato de España como tragedia[5]. En un mundo intelectual influido por la aplicación a las sociedades del darwinismo, la postración de España era relacionada con su incapacidad para adaptarse al mundo moderno. Un aspecto en que se aprecia bien ese cambio en el espíritu público europeo al que me he referido antes, se encuentra en el cambio en la consideración del pueblo. Si a lo largo de gran parte del siglo XIX, el liberalismo emergente había mixtificado a un pueblo español que había luchado con denuedo por su libertad, ahora la percepción sobre el mismo se transforma hacia su consideración como un pueblo anémico, menor de edad, carente de vigor, que necesita revitalizarse convenientemente mediante la influencia de aquellos mejor preparados para lograrlo, los intelectuales.

Joaquín Costa, Ganivet, Isern, Macías Picabea, Unamuno, Giner de los Ríos, Azcárate o Lucas Mallada intentaron proponer soluciones que contribuyesen a la *regeneración* de España[6]. Se insistió en la educación, en las mejoras en el nivel de vida de la población o en la crítica feroz del sistema de la Restauración y sus corruptelas. Estas ideas, razonables, se mezclaron con una tendencia generalizada a la impugnación de la historia de España, «escuela, despensa y doble llave al sepulcro del Cid» dirá Costa, ya que en algún momento del pasado, España se desvió del camino *normal* en la evolución histórica. Las causas de esta situación se atribuyeron a las insuficiencias *genéticas* de los españoles para ello. ¿Acaso el pasado no demostraba esto? La intolerancia religiosa, el despilfarro de las riquezas de América, la falta de aliento de los españoles debida al escaso *vigor germánico* de los visigodos, la holgazanería o la decadencia de la raza así parecían atestiguarlo. A este masoquismo interior se unieron las diatribas internacionales sobre la superioridad de los anglosajones sobre los latinos o la influyente diferenciación de Salisbury sobre las *naciones vivas y moribundas*. España era un país latino que había perdido sus colonias y por tanto moribundo[7].

5. Santos Juliá, «Retóricas de muerte y resurrección: los intelectuales en la crisis de conciencia nacional», en Santos Juliá (ed.), *Debates en torno al 98: Estado, Sociedad y Política*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1998, pp. 159-174.
6. Obsérvese como el término *regeneración* es el opuesto a *degeneración*, término muy influyente éste último debido a la influencia de la obra *Degeneración* de Max Nordau (1895). Al respecto puede verse, Manuel Tuñón de Lara, *España, la quiebra de 1898*, Madrid, Sarpe, 1986, p. 62.
7. Gracias a la influencia de la obra de Edmond Demolins, *À quoi tient la supétiorité des Anglo- saxons*. Para esta cuestión es fundamental el artículo de Lily Litvak, «Latinos y anglosajones: una polémica de la España de fin de siglo», en *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 155-199. He tenido noticia de esta obra a través de Eva Mª Valero en «La huella de Rafael Altamira en América», en Enrique Rubio Cremades, Eva María Valero Juan (coord.), *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho: actas del congreso internacional celebrado en la Universidad de Alicante, del 10 al 13 de diciembre de 2002*, 2004, pp. 77-94, donde también se realiza un buen repaso de esta polémica.

Altamira no participa de esta consideración de España como país *diferente* o *anormal*. Consideró que los efectos de la leyenda negra habían sido muy duraderos, hasta el punto de ser asumidos por los españoles y arrojados en contra de los respectivos contendientes en las guerras civiles del siglo XIX. Carolyn P.Boyd ha escrito que cuando los españoles se han lanzado a luchar unos contra otros en cierta medida lo han hecho también por el significado de su historia[8], algo que siempre rechazó Altamira. Como alternativa a la leyenda negra se insistía en edulcorar el pasado negando aquello de lo que España no pudiese sentirse espacialmente orgullosa y ensalzando los logros que hubiera. Para Altamira, esto no conducía a ningún lado y de lo que se trataba era de valorar el pasado español teniendo en cuentas las virtudes del mismo pero sin autocomplacencias. No participa, pues, de las ideas que sobre la decadencia estaban en boga, como la atribución al exceso de religiosidad la inadaptación al mundo moderno (tampoco considera que la identidad nacional deba relacionarse con la religión exclusivamente), la degeneración de la *raza* o la insistencia en la autoflagelación nacional. Esto sólo podía conducir a la depresión, por lo que ofreció una alternativa desde el ámbito del regeneracionismo, pero de cariz optimista sobre el pasado de España.

2. Historia y regeneración

Es unánime la consideración de Altamira como uno de los más importantes intelectuales de su tiempo y, sin duda, como el principal historiador español de la primera mitad del siglo XX[9].

Las intenciones regeneracionistas de Altamira quedan plasmadas en el célebre discurso *La Universidad y el patriotismo*, pronunciado en la inauguración del curso académico 1898- 99 de la Universidad de Oviedo, donde recoge algunas de las cuestiones fundamentales de su pensamiento que luego incluirá en su obra *Psicología del pueblo Español*[10]. En él Altamira establece las condiciones necesarias para la regeneración nacional:

> Es para mí cosa evidente que entre las condiciones esenciales de nuestra regeneración nacional, figuran como ineludibles estas dos: 1° Restaurar el crédito

8. C.P. Boyd, *Historia patria*, Barcelona, Pomares -Corredor, 2000, pp. 205.
9. Su discípulo J. Malagón consideró que fue el historiador de la generación del 98 por excelencia. Vid. «La historia de España de D. Rafael», en J. Malagón y S. Zabala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.
10. Publicado bajo el título «Necesidad de modernizarnos» en la Revista *La España Moderna*, Oviedo, Adolfo Embrid, 1899. Junto con «El problema actual del patriotismo» y «La psicología del pueblo español» constituyen el libro titulado *Psicología del pueblo español*. Las alternativas al academicismo conservador vinieron de lugares periféricos como el grupo constituido en la Universidad de Oviedo.

de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, y de aprovechar todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos. 2° Evitar discretamente que esto pueda llevarnos a una resurrección de las formas pasadas, a un retroceso arqueológico, debiendo realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna, a cuyo contacto se vivifique y depure el genio nacional, y se prosiga, conforme a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza.

Restaurar el crédito de la historia de España y adaptación de España al mundo moderno. Ambas ideas están profundamente relacionadas ya que sólo asumiendo de manera positiva la historia de España podría el pueblo español concebir un proyecto de futuro que integrase a España entre los países avanzados. A este ideal patriótico lo denominó como *renacimiento ideal* en su correspondencia con Costa[11]:

> Lo que yo soñaba era nuestra regeneración interior, la corrección de nuestras faltas, el esfuerzo vigoroso que había de sacarnos de la honda decadencia nacional, vista y acusada, hacía ya tiempo, por muchos de nuestros pensadores y políticos, negada por los patrioteros y egoístas, y puesta de relieve a los ojos del pueblo todo, con la elocuencia de las lecciones que da la adversidad, a la luz de los incendios de Cavite y de los fogonazos y explosiones de Santiago de Cuba[12].

El propósito de Altamira es nacionalista pero no en el sentido del engrandecimiento de supuestas gestas de un pasado nacional recreado heroicamente, sino mediante la enseñanza de la «historia verdadera», según puso de manifiesto en numerosas ocasiones y repitió en el discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, el 22 de diciembre de 1922 con el título de «El valor social del conocimiento histórico»[13]:

> Mientras no contemos con un saber histórico de la masa despojado de todos los errores y calumnias tradicionales, habremos adelantado muy poco en el proceso de formación de nuestra conciencia nacional (que tanto influye en la vida presente) conforme a la verdad de los hechos.

Para Altamira, el conocimiento histórico debía alcanzar la mayor socialización posible. Esto representa una muestra de su interés por una educación que

11. Vid. J.G. Cheyne, ed., *El Renacimiento ideal: epistolario de Joaquín costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alicante, Instituto e Cultura Juan Gil Albert, 1992. Tomado del escrito de Altamira «El renacimiento ideal en España en 1897», *Revue Suisse*, 1897
12. Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 53.
13. Rafael Altamira, «El valor social del conocimiento histórico», Madrid, Editorial Reus, 1922, p. 24.

constituye la base de su proyecto modernizador, propósito que plantea desde un impulso patriótico, de ahí que deposite sus esperanzas en la regeneración mediante una educación en la historia. La historia verdaderamente interesante es la destinada a encontrar el espíritu del pueblo, la esencia, la dirección fundamental de la historia de ese pueblo. La educación es importante porque si en la historia hay una continuidad en el espíritu del pueblo, este debe ser conocido y apreciado por las generaciones presentes de españoles, en relación con la humanidad toda de la que se forma parte[14]. En *Psicología del pueblo español* escribió: «Dada nuestra mala educación o ineducación actuar, buscar las condiciones naturales del sujeto (su psicología fundamental) abstracción hecha de los vicios traídos por el estado presente, para ver si las posee fructificables al contacto de una intensa labor educativa»[15].

En resumen, en el pensamiento de Altamira los ideales educativo, pacifista y patriótico, deben ser considerados como un todo en el que el conocimiento histórico será el instrumento para el logro de estos objetivos.

Altamira abordará el estudio de la historia mediante una teoría y práctica historiográficas de tipo positivista, la sociología spenceriana y el krausismo en la concepción orgánica de la historia y el romanticismo en la consideración de la particularidad del espíritu nacional.

Propondrá la integración en un relato histórico de los diferentes aspectos que se refieren a las sociedades humanas, dejando atrás la historiografía concebida como historia política. Utilizando el criterio de Giner de los Ríos concibió la diferenciación entre historia externa (acontecimientos políticos) e historia interna (las manifestaciones de civilización: ideas, economía, sociología, arte, literatura, costumbres, tradiciones, geografía). A esto se sumó el interés por las permanencias en la historia, que aplicará a las constantes intemporales que se reflejan en el espíritu español[16].

A partir de estas consideraciones, Altamira reivindica la historia de la civilización española plenamente relacionada con la evolución europea de la que podía sentir legítimo orgullo[17].

14. Rafael Altamira, *Ibíd.*, «Prólogo».
15. Rafael Altamira, *Psicología...* «Prólogo».
16. Rafael Asín Vergara considera a Altamira como un precedente de la escuela francesa de los Annales. Vid. R. Asín Vergara, «Estudio preliminar...», p. 53. Tb. en «La obra histórica de R. Altamira», pp. 369-393 en Armando Alberola (ed.), *Estudios sobre la obra de Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1997, pp. 381. No obstante, hay que situar la preocupación de Altamira por la globalidad histórica en las referencias del krausismo y de la sociología spenceriana y menos en el eclecticismo teórico que será propio de los annalistes. En Altamira, la idea de totalidad histórica surge de la diferenciación entre historia externa e interna que le lleva al concepto de civilización, de gran trascendencia en su obra por cuanto será determinante en su forma de historiar y en lo que aquí nos interesa, porque será desde donde configure la cuestión de la identidad nacional.
17. José Luis Villacañas Berlanga, «Rafael Altamira y el concepto de civilización española», en Enrique Rubio Cremades, Eva María Valero Juan (coord.), *op.cit.*, pp. 69-76

El concepto de civilización permite a Altamira establecer una identidad nacional española basada en las permanencias y evolución de un espíritu español más allá del momento en que se hubiese institucionalizado el Estado-nación[18]. La identidad nacional, o espíritu del pueblo como la denomina siguiendo a Fichte, existe desde tiempo inmemorial por lo que la base del nacionalismo de Altamira es cultural. Los elementos de la cultura de un pueblo conforman el espíritu de ese pueblo y por ello, su identidad nacional. Ésta no es inmutable y evoluciona al compás de los tiempos:

> El pueblo español que hoy conocemos y del que formamos parte no es el mismo que fue en siglos pasados ni constituye una raza pura: cosa que igualmente ocurre con todos los actuales. Se ha ido formando poco a poco y por mezclas y substituciones de hombres de orígenes muy distintos, hasta llegar a la composición que ahora tiene y en que se han fundido todos los elementos históricos. [...] Merced a todos estos hechos, el pueblo español actual no es íbero, ni celta, ni latino, ni árabe, ni judío, ni visigodo, y menos aún de solera inmediata y perceptible de ninguna raza prehistórica. Somos, física e intelectualmente, como ya se ha dicho, el resultado de la mezcla y las influencias cruzadas de todos los factores étnicos de nuestra historia: un producto, que posee originalidad y propia marca, abundante en modalidades internas, y que en lo espiritual se ha enriquecido y sigue enriqueciéndose con la suma de las aportaciones universales que constituyen el tejido de la civilización a través de sus diferentes etapas. Los hechos políticos o culturales que se han producido para que seamos espiritualmente el pueblo que hoy somos, nos explicarán, cuando los conozcamos, muchas particularidades de nuestra historia[19]

3. Americanismo y nacionalismo español en el pensamiento de Altamira[20]

A partir de lo dicho hasta ahora. ¿Cuál es el papel que desempeña América en el pensamiento de Altamira desde esta perspectiva nacionalista?

Antes de responder esta pregunta hay que decir que la cuestión de la relación entre España y América ha ocupado a todo el espectro ideológico, ya que frente a la visión crítica de España presentada por los regeneracionistas, los sectores

18. Altamira señala que la idea de Hegel de que la vida de los pueblos se reduce a la del Estado y que sin estado no pueden existir es limitada.
19. Rafael Altamira, *Manual de Historia de España,* Madrid, Editorial Aguilar, 1934.
20. Un estudio de la idea de nación en Rafael Altamira y su obra en Alfredo Rivero Rodríguez, «El Problema de la Identidad nacional en la obra de Rafael Altamira», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), pp. 155-194, y del mismo autor «Memoria nacional e Historiografía. La contribución de Rafael Altamira a la refundación del nacionalismo español», comunicación aceptada para el VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado entre el 21 y 24 de septiembre de 2004.

más conservadores incidieron en el folklore popular, el catolicismo y las gestas imperiales. El hispanismo, la convicción de que españoles e hispanoamericanos son miembros de la misma «raza», había sido un elemento importante del discurso español desde finales del siglo XIX, al utilizarse la idea de una comunidad espiritual entre ambos lados del atlántico como una proyección de la identidad nacional española hacia el exterior. Menéndez Pelayo había creado las bases intelectuales del hispanismo conservador a finales del siglo XIX incidiendo en los lazos católicos, lingüísticos y culturales entre España y América. Tras el 98, el hispanismo conservador cobró un nuevo impulso debido a los escritos de Julián Juderías y José María Salaverría, quienes destacaron la misión espiritual que España tuvo en América.

Este discurso fue una respuesta a la postración en que, según entendieron, se encontraba España. La retórica imperial y el hispanismo constituían también una respuesta a la eclosión de los nacionalismos periféricos. El hispanismo llevaba más lejos la idea de una «unidad de la raza» incompatible con la mutilación, obsérvese el matiz orgánico, de España a manos de los separatistas. A esto se añadió una idea de largo alcance en los discursos del nacionalismo español según la cual, el castellano era una lengua superior a cualquier otra de las habladas en España ya que había sido la lengua de la colonización americana[21].

Rafael Altamira, desde planteamientos muy distintos, al buscar en la historia los elementos necesarios para la recuperación de la estima de los españoles por su pasado y la esencia de lo español, tuvo que fijarse atentamente en una América que constituía, a su juicio, una «patria moral» o parte del espíritu de lo español[22].Por ello propugnó el acercamiento, la comprensión mutua y la cooperación cultural entre ambos lados del atlántico. Para ser efectivo, ese intercambio debía basarse en el patrimonio histórico común, que las más de las veces era desconocido o, peor aún, tergiversado. El cometido principal, por tanto, era dar a conocer en América el *ser histórico* de España, es decir, los elementos del carácter y civilización españoles[23].

Altamira partía de la necesidad de eliminar de la Historia de España los errores y calumnias tradicionales habituales tanto en España como en el extranjero, e intentar que los libros de texto y de divulgación sobre la historia de España reflejasen con objetividad la historia del país. Sólo así se podría acometer la acción cultural conjunta en Hispanoamérica.

Como hemos visto, la historia verdadera podía establecerse mediante el análisis científico de los hechos a través de las fuentes, transmitiendo el conocimien-

21. Para estas cuestiones ver: I. Sepúlveda, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
22. Pilar Altamira, *Diálogos con Rafael Altamira*, Murcia, Publicaciones Universidad de Murcia, 2009, pp. 23.
23. Luis G. Valdeavellano, *Seis semblanzas de historiadores españoles*, Universidad de Sevilla, 1978, p. 101.

to obtenido mediante un buen sistema de enseñanza. Así podría generarse una identidad nacional que fuera la base de la regeneración de España.

El lugar preferente para aplicar esta idea es América, precisamente aquel sobre el que han recaído una parte importante de las invectivas de aquellos que han querido dañar la imagen de España:

> Lo que pedimos es el restablecimiento (de la verdad). Nadie niega que en el sistema colonial de España hubo errores, violencias y egoísmos; nadie niega que los hombres encargados de la gobernación de aquellos países en sus diferentes grados, obedecieran más o menos veces antes a los dictados de su propio provecho que a los de las mismas leyes españolas que ampararon siempre a los débiles [...] Pedimos tan solo que se reduzcan aquellos hechos históricos [...] a su verdadera realidad, en número y en proporciones de daño efectivo; que se nos reconozca conjuntamente todo lo bueno que hicieron allí nuestra Administración y nuestros compatriotas laicos y religiosos; que se declare y establezca la iniciativa que a España corresponde en la proclamación y aplicación, por primera vez en el mundo, de la doctrina tutelar de los pueblos inferiores que ahora mismo se procura imponer (lo cual quiere decir que es aún un ideal) en los mandatos coloniales de la Sociedad de las Naciones; y que con todo eso se quiten de la inteligencia y el corazón de los hermanos de América, y de la Humanidad toda, los motivos de condenación, desprovistos de verdad, que nos enajenaron durante mucho tiempo la simpatía de los espíritus generosos de todas las razas[24].

Altamira dio un gran significado a la relación entre España y América como parte de una comunidad cultural que contribuiría a la redefinición de la identidad española[25]. A partir de la unión de regeneracionismo con el establecimiento de vínculos de colaboración cultural entre España y América, Altamira creó el *americanismo*[26]. La comunidad cultural americanista se definía por la constatación de una tradición, una base histórica común y sobre todo, la lengua castellana que otorgaba el vínculo esencial entre ambos lados del atlántico[27]. El castellano era con mucho el elemento más importante de la identidad común que se quería construir por cuanto se le atribuían valores psicológicos como forma de comunicación social además de propiciar la identificación con el espíritu nacional, según demostró Fichte a juicio de Altamira.

24. Rafael Altamira, «El valor social...», pp. 28-29.
25. I. Sepúlveda, *Comunidad Cultural e hispano-americanismo*, 1885 -1936, Madrid, UNED, 1994.
26. I. Sepúlveda, *El sueño de la Madre Patria...*, p. 94.
27. Buena prueba del interés por América se encuentra en la cantidad de obras sobre el tema que escribió a lo largo de su vida: *Mi viaje a América* (1911), *Cuestiones de historia política y social americana* (1914); *Programa de historia de las instituciones políticas y civiles de América* (1917), *España y el programa americanista* (1919), *Medios de difusión del libro español en América* (1920), *La política de España en América* (1921), *La huella de España en América* (1924), *Colección de Textos para el estudio de la Historia de las Instituciones de América* (1926), *Trece años de la labor docente americanista* (1927), *Últimos escritos americanistas (1929), Contribución a la Historia Municipal de América* (1951).

A través de la lengua los pueblos conservan los valores comunes:

> Pudo haber sido otro de los que durante la Edad Media se hablaron en España [...]; como en casi todas las naciones de Europa, se ha impuesto uno de los muchos [...]. Ese idioma triunfador por obra de la Historia [...] ha sido el que ha creado nuestra personalidad en el mundo y el que constituye nuestra bandera ideal frente a otros idiomas [...] ¿No es, por tanto ir contra nuestros intereses querer debilitar esa fuerza, empeñarse en disminuir el número de hombres que la pueden utilizar, o crear dificultades en el camino de los que deseen entenderse con nosotros al imponerles que, para ello, aprendan, no uno sino más idiomas?[28]

La influencia que España pudiera tener en el continente americano dependía del mantenimiento del castellano que debía ser preservado a toda costa, por lo que reconocía los esfuerzos que se realizaban en América:

> Y si del fondo de la vida intelectual pasaron a lo que muchos tienen por simple medio de expansión, al idioma (que es, sin embargo, cosa ligada íntimamente a lo más profundo del espíritu, como ya demostró Fichte), nótese igualmente el empeño con que los escritores americanos, desde los tiempos de Bello y García del Río, trabajan para mantener la tradición lingüística lo más pura posible, remontando de nuevo a la raíz de los idiomas modernos de ella nacidos, contribuyendo al estudio científico del castellano (en mayor escala, a veces que los mismos españoles), y pretendiendo enriquecerlo con aportaciones nuevas, como se ve en las razonables iniciativas de Ricardo Palma y de Julio Calcaño, en parte coronadas con el éxito[29].

Además de la importancia en la defensa el castellano, la labor americanista de Altamira se basó en una serie de principios que Altamira defiende en el artículo «Lo que debe hacer y lo que ha hecho España»:

> ¿Podemos actualmente ofrecerles algo de lo que piden la ciencia y el arte modernos, de lo que ellos van a pedir a Francia, a Alemania, a Inglaterra? Diferentes veces, en publicaciones americanas, he procurado desvanecer el prejuicio que considera todas las manifestaciones intelectuales españolas como reaccionarias, arcaicas, repeticiones de un saber viejo y manido, de una religiosidad estrecha, hosca, misoneísta. He citado las corrientes ideales, científicas, que en diversas ramas de estudios representan en España, no sólo la conjunción con el movimiento moderno en su sentido más progresivo, sino orientaciones originales que, cuando menos, tienen derecho a ser estimadas y discutidas, al par de otras de origen extraño. Los americanos cultos lo saben: y cuando citan con elogio los nombres de Cajal, Menéndez y Pelayo, Costa, Giner, Calderón, Posada y otros muchos, sancionan esa representación de la intelectualidad peninsular. ¿Y

28. Rafael Altamira, *Historia de España y de la Civilización Española*, Tomo I, pp. 28-29.
29. Rafael Altamira, «Nuestra política americanista» en *Cuestiones hispano-americanas,* Madrid, 1900. Mecanoscrito del Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid (Legado de Rafael Altamira). Cit. en Eva Mª Valero, *op.cit.*, pp.145

abandonaremos esas armas con que podemos defender la continuación de la influencia española? ¿Dejaremos, por pereza, por desconfianza, por pesimismo, que se olviden esos nombres, que en las Universidades, en los libros, en la prensa, lleguen a no citarse y aprovecharse más que doctrinas firmadas por nombres franceses, ingleses, alemanes o yanquis ?[30]

Estos principios han sido bien sintetizados por José Luis Abellán y Pilar Altamira[31]:

- Cualquier labor americanista debe apoyarse en los españoles residentes en América, «fuerza enorme de la semilla española en aquellos países» dice Altamira[32].
- Los cauces de expresión de todo americanismo deben ser las instituciones políticas y civiles de América.
- El americanismo para que sea fecundo debe enfatizar el sentido «práctico» a través de realizaciones concretas (pactos comerciales, intercambios, inversiones,) frente a la retórica demagógica y vacía de contenido.
- Consideración de las luchas latinoamericanas por la emancipación como una guerra civil, desarrollada dentro de un marco y una atmósfera básicamente española.
- Establecimiento de lazos culturales.
- Organización de Congresos.
- Intercambios de estudiantes y alumnos
- Apertura de escuelas y centros culturales en ambos continentes
- Acuerdos editoriales
- Apoyo a los emigrantes.
- Mejora de las comunicaciones.

Y por supuesto, una vez más el idioma:

> Tenemos a nuestro favor -y con toda la trascendencia que ya hice notar y que para nadie es un misterio-, el idioma. Él nos permite obrar, más directa y profundamente que ningún otro pueblo extraño, sobre la masa y entendernos con ella: cosa no despreciable nunca, menos hoy día, en que la obra de la educación popular ha tomado tan poderoso vuelo y figura entre las acciones más fecundas de los intelectuales; también ha de hacer más fácil y más íntimo el intercam-

30. Rafael Altamira, «Lo que debe hacer y lo que ha hecho España», *España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1908, pp. 70-75.
31. José Luis Abellán, «Rafael Altamira y el americanismo: un eslabón de la revolución modernista», en Enrique Rubio Cremades y Eva María Valero Juan (eds.), *op.cit.*, pp. 17-21. Pilar Altamira, *op.cit.*
32. Rafael Altamira, «Lo que debe hacer...», pp. 70-75.

bio, con los profesionales americanos, de los más altos, sutiles y substanciales frutos del espíritu, que suelen perder algo de sus cualidades más exquisitas y fecundantes cuando se traducen a un idioma extraño. Siempre hallará más eco y resonará más hondo en el alma americana la voz de las ideas que dicen relación a las cuestiones superiores de la vida individual y social, cuando esa voz vibre con los acentos del decir castellano, que cuando se engalane con otros ajenos. En los más graves trances de la existencia, el individuo -mil observaciones lo comprueban- vuelve instintivamente a usar el idioma que empleó en su niñez, el de su terruño, aunque haga muchos años que lo tenga pospuesto; y es que ese idioma representa la forma propia de su mentalidad, el estrato más profun¬do y ancestral de su espíritu, el solar sobre que se levanta el edificio de sus ideas y en que mejor las dice. Tal es también la fuerza que el castellano significa para nosotros en nuestras relaciones con los hermanos de América[33].

Gracias al apoyo de la Universidad de Oviedo Altamira tuvo la oportunidad de llevar a cabo su proyecto de *reconquista espiritual* como lo ha llamado Eva Mª Valero (siguiendo el concepto planteado en su día por Fernando Ortiz en su polémica con Altamira) al ser nombrado delegado para realizar un viaje a América en el que se constatasen las posibilidades de aceptación del proyecto americanista en el continente. El viaje se realizó entre 1909 y 1910 y fue un rotundo éxito[34].

Puede parecer curioso que el viaje tuviese tanto éxito precisamente en el centenario de la independencia de los territorios americanos de la Corona española. Las razones hay que verlas en los efectos de la derrota española contra EE.UU. y en la cada vez mayor influencia del país *anglosajón* en los territorios americanos que ya empezaban a considerar como su patio trasero.

Estas circunstancias llevaron al acercamiento entre reformistas españoles e hispanoamericanos[35]. Estos últimos vieron la necesidad de revalorizar su pasado colonial para hacer frente al expansionismo estadounidense. El problema es que no estaba claro el concepto de España que había que adoptar en un momento en el que la misma madre patria se veía cuestionada en su interior por la eclosión de los nacionalismos periféricos.

---

33. *Ibíd.*
34. Ver Gustavo H. Prado, «La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico», en Ariadna Lluís i Vidal Folch, Gabriela Dalla Corte y Ferrán Camps (eds.), *De las independencias al Bicentenario. Trabajos presentados al segundo Congreso internacional de Instituciones Americanistas, dedicado a los fondos documentales desde las independencias al Bicentenario. Barcelona, 20 de octubre de 2005*, Barcelona, Casa Amèrica Catalunya, 2006, pp. 71-88. De Eva María Valero «La huella de Rafael Altamira en América», ya citado. También *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual» de América*, Murcia, Cuadernos de América sin nombre (8), 2003.
35. Eva Valero ha mostrado cómo no siempre este acercamiento fue bien recibido por los intelectuales americanos al denunciar cierto interés neocolonial. Ver *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual»*...

La respuesta ofrecida por Altamira se basó en la reivindicación de una historia de España libre de los prejuicios y falsedades que la leyenda negra había arrojado sobre ella. Por ello era necesaria una incansable labor educativa. La vindicación del pasado español no podía suponer tampoco el ocultamiento de los episodios oscuros del mismo aunque tratos con rigor. Esto aleja a Altamira de los postulados de la leyenda rosa sobre el pasado colonial español.

Como ha puesto de manifiesto Eva Mª Valero, Altamira pretendía crear ideales colectivos compartidos entre ambas orillas del atlántico creando una identidad supranacional, una *comunidad imaginada*, que vigorizase a España que se reservaba el papel de guía espiritual, recuperando el prestigio que nunca debió perder. Ello implicaba poner el acento en los aspectos positivos de la labor española en América y minimizar los negativos aunque con ello se forzasen un tanto las pretensiones objetivistas de nuestro autor[36]. La pretensión de crear una identidad hispanoamericana puede incluirse dentro de los movimientos nacionalistas aunque con la particularidad de responder a un movimiento transnacional[37].

En definitiva, la principal característica del nacionalismo de Altamira es su optimismo, que contrasta vivamente con el pesimismo de autores afines y contrarios como Costa o Cánovas, profundamente pesimistas, al igual que el regeneracionismo en general, por lo que en este aspecto, no puede ser englobado en el marco del relato trágico de España, lo que constituye una notable originalidad. El proyecto modernizador de Altamira supone entroncar con un nacionalismo españolista de nuevo cuño, que busca su legitimación mediante la modernización del país. Este proyecto modernizador que aparentemente podía ser empírico, ligado a un cierto gusto por la política neutra y la solución técnica, se sustenta sobre un marcado idealismo, mediante la creencia en la existencia de una identidad nacional de cariz romántico. Este tipo de nacionalismo rompe con las ideas liberales del XIX, al trasvasar el centro de atención del individuo a una categoría colectiva; el pueblo, la masa o la nación.

El significado del *americanismo* propuesto por Altamira, desde el punto de vista de la historia de los discursos del nacionalismo español y más allá de las realizaciones prácticas a que diera lugar, se encuentra en su contribución al nacionalismo español al ofrecerle nuevos argumentos para su refundación, posibilitando tanto su proyección exterior como la legitimación interior, en un momento en que la derrota ante EEUU había destruido la «autoimagen heredada» que los españoles tenían de sí mismos, creando graves dudas sobre la identidad nacional[38]. El desafío al que los nacionalismos periféricos sometían a la identidad es-

36. Eva María Valero, *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual»*..., p. 56.
37. Isidro Sepúlveda, *El sueño de*..., pp. 93-94.
38. J. Álvarez Junco, «España: El debate sobre...», pp. 55.

pañola podía ser contrarrestado desde las mismas esencias culturalistas elevando el listón hasta ámbitos internacionales, en un contexto en el que el nacionalismo español se había quedado sin función social alguna por cuanto la primera legitimación del mismo, la lucha, de la mano del liberalismo contra el absolutismo había concluido, no sin penalidades, y la siguiente fase, según el esquema clásico de Hobsbawm[39], basada en la expansión imperialista e integradora de las masas ante los desafíos de la industrialización no se daba en España, debido a lo reducido de su peso en la escena internacional.

39. Vid. E. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991. A partir de 1880 el enfoque de la definición de la nación va a dar un giro significativo. Desde esos momentos el ideario nacionalista va a evolucionar hacia posiciones conservadoras e incluso monárquicas fundamentadas en principios culturales.